

PABLO GUERRERO*

EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN CURACIÓN DEL PASADO, VERDAD DE PRESENTE, ESPERANZA DE FUTURO

Fecha de recepción: octubre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2014

RESUMEN: El objetivo de estas páginas consiste en reflexionar sobre el tema de la reconciliación en cuanto servicio, en cuanto ministerio. Ministerio que contribuye a edificar la Iglesia puesto que es una de sus acciones propias. Ministerio que intenta entender y promover la vida comunitaria cristiana en un mundo más justo y más solidario.

La reconciliación, como la evangelización, se juega en el ser de los que la realizan, puesto que sólo darán testimonio aquellos que sean efectivamente testigos de lo que testimonian.

Toda la Iglesia está comprometida en el ministerio de reconciliación: una misión que supone recuperar, asumir y (re)crear; una misión que busca el establecimiento de relaciones justas y humanas; una misión que acompaña el proceso de perdón por parte del ofendido, siendo consciente que perdón no se identifica con reconciliación, que no resuelve todo el dolor causado, pero forma parte del proceso.

PALABRAS CLAVE: reconciliación, compasión, perdón, ministros de la reconciliación.

* Profesor de Teología pastoral en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid; pguerrero@jesuitas.es.

***The Ministry of Reconciliation: Healing the past, truth
of the present, hope for the future***

ABSTRACT: The purpose of these pages is to think about the reconciliation as service, as ministry. A ministry that builds up the Church because it is one of her own actions. A ministry that tries to understand and to promote the Christian community life in a more just and fraternal world.

The whole Church is committed to the ministry of reconciliation: a mission which is to recover, assuming and (re) create; a mission that seeks to establish just and human relations; a mission that accompanies the process of forgiveness by the offended, realizing that forgiveness is not identified with reconciliation, it does not solve all the pain, but it part of the process.

KEYWORDS: reconciliation, compassion, forgiveness, ministers of reconciliation.

«Aprendí con las primaveras a dejarme podar para poder volver entera»
(Cecilia Meireles)

El objetivo de estas páginas consiste en reflexionar sobre el tema de la reconciliación en cuanto ministerio, en cuanto servicio; en cuanto tarea y en cuanto horizonte. Ya en el subtítulo aparecen tres palabras que constituyen, a mi juicio, las claves para entender qué queremos decir al hablar de ministerio de la reconciliación. Estas tres palabras son: curación, verdad, esperanza¹.

El tema será abordado desde el punto de vista de la Teología Pastoral, es decir desde la reflexión de las acciones de la Iglesia (*diakonia*, *leitourgía*, *koinonía* y *martyria*): la iglesia sirviendo, celebrando, creando comunidad y anunciando la Buena Nueva. La Teología pastoral, tal y como señala Rahner, constituye una disciplina teológica que podemos considerar como ciencia de la «autorrealización de la Iglesia»². Dicha concepción es compartida Casiano Floristán, quien ha sido sin duda la

¹ No me referiré explícitamente, en este artículo, al sacramento de la reconciliación, sino a la reconciliación como proceso. De todos modos, gran parte de lo que se diga de ésta puede aplicarse a aquél.

² Esta concepción fue la inspiradora del: «Manual de Teología Pastoral: la teología práctica de la Iglesia en su presente» (F. X. ARNOLD, F. KLOSTERMANN, K. RAHNER, V. SCHURR y L. M. WEBER, *Handbuch der Pastoraltheologie: Praktische Theologie der Kirche in ihre Gegenwart*, Freiburg 1964-1969). Un siglo antes, A. Graf había introducido la consideración de la Teología Pastoral desde el punto de vista de «autoedificación» de la Iglesia.

gran figura de la Teología pastoral postconciliar en nuestro país. Él la definía como «la ciencia teológica que analiza la situación concreta en que la Iglesia se edifica mediante sus acciones propias»³ y también como «el esfuerzo reflexivo o teórico que hace la Iglesia a través de sus comunidades, con la ayuda imprescindible de los teólogos, para entender y promover la vida comunitaria cristiana en un mundo más justo y más solidario»⁴.

Adoptando este enfoque, consideraré, ya desde el comienzo, que el ministerio de la reconciliación contribuye a edificar la Iglesia, contribuye a la autorrealización de la Iglesia misma, puesto que es una de sus acciones propias; un ministerio que intenta entender y promover la vida comunitaria cristiana en un mundo más justo y más solidario.

Creo que el problema básico de la reconciliación, como también de la misma evangelización, no son primariamente las estrategias ni los métodos, aunque es innegable su importancia. La reconciliación, como la evangelización, se juega en el ser de los que la realizan, puesto que sólo darán testimonio aquellos que sean efectivamente testigos de lo que testimonian.

Para ello me centraré, básicamente, en el ser de los ministros de la reconciliación. Evidentemente, estos ministros de la reconciliación, no son francotiradores aislados, sino que precisan de la creación de comunidades que sirvan de ánimo, de retaguardia y de sostenimiento del ejercicio de este ministerio. En opinión de R.J. Schreiter estas comunidades de reconciliación deberían tener tres características: ser comunidades de seguridad, de memoria y de esperanza⁵. Si creemos que toda la Iglesia es evangelizadora, correlativamente deberíamos poder afirmar que toda la Iglesia debería estar comprometida en la labor de reconciliación.

Me he decantado por un enfoque narrativo, voy a contar tres historias. Las narraciones son importantes en los procesos de reconciliación ya que, como señala C. Villa-Vivencio, necesitamos contarnos unos a

³ C. FLORISTÁN y M. USEROS, *Teología de la acción pastoral*, Madrid 1968, 111.

⁴ C. FLORISTÁN, 'En búsqueda de la teología práctica', en: J. BOSCH (Ed.), *Panorama de la Teología Española*, Estella 1999, 273.

⁵ Cfr.: R.J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación. Espiritualidad y estrategias*, Santander 2000, 133-135.

otros historias puesto que constituye un modo de reconocer e incluso de trascender nuestras diferencias⁶.

Con estas historias pretendo ir señalando las características principales que deben estar presentes en el ministerio de la reconciliación (más bien en los ministros concretos de la misma). En este camino de curación, perdón, verdad y esperanza⁷.

Una de estas historias procede del autor de «El principio esperanza»: Ernst Bloch. La segunda es la historia cinematográfica de Will Hunting. La tercera de las historias es también cinematográfica, se trata de un personaje de ficción que retrata, creo, cómo nos gustaría ser a muchos de nosotros, dónde nos gustaría estar y mirar... Porque, qué duda cabe que es muy importante el lugar en el que nos situamos, pero aún más importante lo es la dirección en la que decidimos mirar. La tercera historia es la de Atticus Finch, quien nos recordó que «es pecado matar a un ruiñeñor».

A través de estas historias abordaré el tema propuesto en tres momentos:

- Carismas necesarios en el ministro de la reconciliación
- Ministerio de la reconciliación como recuperación, asunción y creación de la propia historia.
- Ministerio de la reconciliación como creación de relaciones justas y humanas.

1. CARISMAS NECESARIOS EN EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

La primera de las historias se remonta a la época del «mayo francés». José Antonio García Rodríguez⁸, en su magnífico libro *Hogar y Taller* recogía una conferencia pronunciada en Viena por Ernst Bloch, allá por el año 1968. Su título era: «*Carismas de un pueblo en marcha*». Señalaba

⁶ Cfr. C. VILLA-VICENCIO, 'Telling One Another Stories. Toward a Theology of Reconciliation', en: G. BAUM & H. WELLS (Eds.), *The Reconciliation of Peoples. Challenge to the Churches*, Eugene 1997, 30-42.

⁷ Para esta temática: Cfr. D. TUTU, *No future without forgiveness*, New York 1999; y D. TUTU, *God has a dream, a vision of hope for our time*, New York 2004.

⁸ J.A. GARCÍA RODRÍGUEZ, *Hogar y Taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, Santander 1987², 186-191.

entonces que había conocido esta conferencia gracias a Alfonso Álvarez Bolado quien fuera profesor de la Universidad Pontificia Comillas. En dicha conferencia se intentaba contestar a la siguiente pregunta: ¿con qué dinamismos interiores ha de estar equipada una colectividad para que sea capaz de crear vida, de crear historia? O, de otro modo, ¿qué tipos de personas son irrenunciables en un pueblo en marcha? ¿Qué no debe faltar en un grupo humano que busca recibir su pasado, celebrar su presente y soñar su futuro?

Basándome en el libro citado, y en dicha conferencia, me gustaría intentar responder a lo siguiente: ¿qué necesita una comunidad para vivir la experiencia de la reconciliación? Y, más concretamente, ¿qué carismas favorecen la tarea humana y, por ello, eclesial de un ministerio de la reconciliación?

Bloch decía que «un pueblo en marcha necesita el carisma de lo profético, lo cantor, lo medical y lo regio»⁹. Correlativamente, creo que para que el ministerio de la reconciliación sea posible precisamos de profetas, cantores, reyes y, en los tiempos en que nos toca vivir, de médicos.

1.1. PROFETAS

Profeta es quien pone a una comunidad en marcha. Profeta no es quien conoce el futuro, porque no podemos conocer el futuro con certeza. Profeta es ese varón, esa mujer, que es lúcido para analizar el presente y animar señalando el futuro. Conoce el destino, mira siempre hacia el horizonte, hacia lo que «podemos y debemos llegar a ser», hacia lo que nuestra Iglesia, comunidad, sociedad «puede y debe llegar a ser». Hacia el sueño de Dios sobre nuestras vidas. Es un carisma capital porque sin profetismo verdaderamente no hay marcha, no hay avance. Me gusta imaginar a ese varón, a esa mujer, como un marino mirando a las estrellas: nunca las podrá alcanzar, pero las estrellas le marcan el camino. En esta misma línea, Eduardo Galeano se preguntaba ¿para qué sirve la utopía si nunca la alcanzamos?, y él mismo contestaba: pues para eso, para caminar¹⁰.

⁹ Ibidem 186.

¹⁰ «Ella está en el horizonte.

Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos y el horizonte corre diez pasos más allá.

El profeta recoge el pasado (lo conoce, sabe que la negación y el olvido no son buenas terapias), taladra el presente y nos vuelca hacia el futuro. Capta como nadie lo que no funciona, lo que está mal, lo que nos falta, lo que podemos mejorar... Ese varón, esa mujer están profundamente enamorados de la justicia, de la fidelidad, de la igualdad. Están profundamente enamorados de Dios. Son maestros a la hora de descubrir los errores, las componendas, los «pactos con el diablo», las «comodidades», los mecanismos de defensa para justificar nuestras mediocridades, las «rebajas de enero» de nuestras vidas, nuestras baratijas, nuestros «escuadrones de la muerte», nuestras demagogias, nuestros miedos...

Sus palabras características son *todavía no*. En una colectividad que quiera mirar hacia adelante, a alguno de sus miembros, en un momento u otro le corresponderá ser profeta. Porque esa comunidad necesita ser consciente de los errores que ha cometido y de lo que falta por caminar; aprendiendo del pasado y siendo críticos con el presente.

Los profetas pueden ser molestos (¡que se lo digan al pueblo de Israel!). Quizás porque a menudo su mensaje y su vida toma la forma de reproche. Un grupo humano donde sólo existieran profetas sería absolutamente insoportable. Pero, a la vez, ¡pobre de la comunidad donde no haya profetismo, mirada crítica, utopía y una cierta tensión hacia el futuro!, porque esa comunidad está moribunda. Sin profetas una colectividad no tiene una atalaya desde la que descubrir sus necesidades ni de las de sus semejantes. Y hay algo aún más importante: sin profetas, no hay esperanza.

Los profetas señalan la dirección. Nos ponen radicalmente frente a nuestros ideales, frente a nuestro amor primero, frente a lo básico de nuestra humanidad. No denuncian simplemente al mundo, sino a nosotros mismos y a nuestro estilo de vida personal y social. A veces no son entendidos porque, aparentemente, vivimos más tranquilos sin ellos. A menudo son criticados por ser incoherentes, porque en no pocas ocasiones su vida no se corresponde con lo que nos exigen. Pese a todo, como ya he dicho, ¡pobre de la colectividad, pobre de la Iglesia que no tiene profetas! Necesitamos profetas, pero con moderación. Si los miembros de un grupo se dedican simplemente a criticar, a subrayar lo que nos

Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la utopía?

Para eso sirve: para caminar.»

Eduardo Galeano

falta sería un infierno. No se puede caminar con alguien que se dedica, desayuno, comida y cena, a recordar lo que todavía no se ha conseguido.

Se necesitan profetas que, desde el interior de la sociedad, nos digan «todavía no». Pero no basta lo profético. Como dice José Antonio García, «los profetas son la levadura de la masa, pero no saben hacer pan»¹¹. Sin profetas no hay posibilidad de reconciliación, sólo con profetas tampoco.

1.2. CANTORES

Para que un pueblo se mantenga en marcha, para que su marcha sea creadora, y para emprender la tarea de la reconciliación, son precisos otros dinamismos interiores. Por eso, en algunos momentos, hace faltar cantar. Necesitamos celebrar y cantar la vida, los logros que ya existen en nosotros. En nuestra vida personal, en toda vida en común, en toda historia grupal, hay cosas que necesitan ser cantadas, celebradas y admiradas. Si las palabras repetidas por el profeta son *todavía no*, el *leit motiv* del cantor es *ya sí*.

El profeta y la profetisa son molestos porque siempre nos señalan lo que nos falta. Los cantores nos repiten lo que ya tenemos, lo que ya somos, lo que llevamos realizado de nuestro sueño. El cantor es ese varón, esa mujer, que reconoce que el horizonte está más cercano, que el sueño se va realizando; que, en ocasiones, casi podemos tocar las estrellas. Nos anima, no mirando hacia el futuro sino mirando al pasado y al presente. Si el profeta tiene un cierto «pesimismo metodológico», el cantor se caracteriza por un «optimismo sistemático». A quien está desanimado, triste, deprimido, no lo levanta el profeta. Lo levanta el cantor. Porque alegrarnos nos hace ser más resistentes. ¡Ay de la sociedad que no es capaz de gozar, de celebrar, de sonreír, de hacer de su vida una acción de gracias, de celebrar el encuentro, de valorar los pequeños pasos, de admirar los puentes ya construidos! Cantor es ese varón, esa mujer, que sabe ser feliz, que se sabe feliz y es capaz de dar gracias y, aún más importante, que sabe que gran parte de esa felicidad depende de hacer feliz a la otra persona, al otro grupo.

Ahora bien, no se trata simplemente de cantar. Hay que saber lo que se canta y cómo se canta. El cantor no es el que «suaviza», rehuye los

¹¹ J.A. GARCÍA RODRÍGUEZ, o.c., 187.

conflictos y se precipita a la hora de creer que ya todo está conseguido; porque la reconciliación necesita tiempo¹². Si simplemente se canta podemos estar huyendo de los problemas y sentar las bases para una reconciliación falsa. Cantar no es ni precipitarse ni alienarse. Cantar es maravillarse de todo aquello que tenemos en común. Cantar el gozo que ya está aquí es prepararse para seguir caminando. Bien es verdad que la experiencia nos dice que si siempre estamos cantando acabaremos, sin duda, causando dolor de cabeza a la persona que amamos, a las personas a las que queremos servir y con quienes queremos compartir camino.

Pero nos encontramos con un problema. Profetas y cantores no se llevan nada bien y tienden a «excomulgarse». No tienen una convivencia fácil. El profeta piensa que los cantores son «tontos felices», bienintencionados, pero tontos. Por su parte, el cantor piensa que los profetas son «tontos tristes», puede que certeros, pero tontos. Son difícilmente compatibles entre ellos, pero ambos se necesitan mutuamente. Si en una colectividad sólo hubiera cantores, ésta sería una colectividad apolítica, asocial, sin compromiso, con una memoria parcial y con el riesgo de cerrar heridas en falso. Sería una colectividad conformista, sin tensión hacia el futuro, sin proyecto.

Obviamente, necesitamos algo más que guitarras para construir un proyecto de reconciliación, al igual que para construir el Reino de Dios. Porque a base de oír cantar nos puede dar una jaqueca francamente seria. Se hacen necesarios también otros tipos de personas...

1.3. REYES

Para que un grupo humano avance hacia el futuro es preciso que alguien sienta a la misma mesa a profetas y a cantores. Es lo que Ernst Bloch llama reyes. Rey es ese varón, esa mujer, que es capaz de salvar a

12 Como señalaba J. Comblin en una conferencia titulada *Teología de la reconciliación*, pronunciada en el Congreso de los teólogos moralistas de América Latina (São Paulo, diciembre del 2001): «La verdadera reconciliación es un proceso escatológico que no alcanza su perfección en la historia, sino que constituye una meta siempre distante, pero siempre obligatoria». J. COMBLIN, *Teología de la Reconciliación*, en: www.memoriayprofecia.com.pe/sites/default/files/REFLEX_COM.doc (Última consulta: 22 de agosto de 2014).

lo profético y lo cantor de excomulgarse –y por tanto anularse– mutuamente. La palabras que marcan la labor del rey son *caminamos juntos*.

En palabras de J.A. García, sin reyes «el mundo interior de la comunidad puede resultar caótico, y la expresión de los diversos carismas derivar en algarabía y mutua e ineficaz neutralización»¹³. Sin reyes las energías de profetas y de cantores se pierden y se anulan mutuamente. El grupo se divide y no hay camino en común, no hay vida verdaderamente compartida. Unos empiezan a correr y otros se quedan parados. Utilizando una imagen bíblica, podríamos decir que sin reyes, medio pueblo de Israel se hubiera quedado adorando al becerro de oro y medio pueblo de Israel hubiera continuado su camino forzando la marcha y muriendo en el desierto de sed y de cansancio. Por si fuera poco, sin reyes pueden surgir falsos profetas y pseudocantores. Es decir, «iluminados» y «embaucadores», «pánfilos» y «conformistas».

En todo camino humano es muy importante «estructurar» el deseo. No debemos olvidar que los llamados valores finales (libertad, igualdad, solidaridad, justicia, amor...) precisan de los llamados valores instrumentales, sin los cuales, los valores finales no pasan de ser palabras sin contenido real. Valores instrumentales como son la capacidad de sacrificio, la honradez, la capacidad de sufrir frustraciones, la resistencia, la empatía, el perdón, la paciencia... ¡Qué importantes son los valores instrumentales, y qué poca atención les prestamos!

Así pues, el rey, la reina, es aquella persona que sabe que es necesario estructurar el deseo, estructurar nuestros sueños. Es aquella persona que recuerda a la colectividad la existencia de los valores instrumentales. Es quien pone plazos, diseña hojas de ruta, busca condiciones de posibilidad, genera espacios de encuentro y diálogo...

A lo largo del tiempo, en el interior de un grupo en proceso de reconciliación, es necesario ejercer el servicio de la autoridad, de la coordinación. Se hará necesario animarse, confirmarse, incluso mandarse. En las dudas, en las encrucijadas, puede que uno tenga que llevar la iniciativa. Pero los reyes también tienen su peligro. No es sano ni bueno que siempre sea la misma persona quien lleve la iniciativa. Los reyes pueden pensar que su opinión supera a la de los demás (en imagen sacerdotal, serían aquellos que piensan que los escalones que separan el presbiterio del pueblo de Dios son señal de dignidad y de *status*). Y su tentación

¹³ J.A. GARCÍA RODRÍGUEZ, o.c., 190.

puede ser la de decidir por ellos. El peligro de los reyes es tener las respuestas antes de que las preguntas sean formuladas o, peor aún, pensar que sólo ellos tienen las respuestas. Y es que todos tenemos la obligación de escuchar, pero especialmente quienes tienen la misión de hablar y de mandar.

Una colectividad donde sólo hubiera reyes sería insufrible, como una serie de reinos de taifas. Sería un grupo en que la convivencia pacífica (si es que llegara a ser posible) se lograría pagando un precio demasiado alto, el de la comunión, el de la propia valoración y dignidad y el del respeto a la memoria.

Todo proceso de reconciliación, creo yo, precisa de lo profético, de lo cantor y de lo regio. Pero hay un cuarto dinamismo interior que es básico y capital. A mi juicio, es el tipo de personas más escaso en los tiempos que nos ha tocado vivir, pero también el más necesario en este momento y, más aún, mirando hacia el futuro de los pueblos. Porque en todo grupo humano, en toda comunidad, en toda familia, en toda pareja, que quiere recibir su pasado, celebrar su presente y proyectarse al futuro, hay enfermos. Enfermos de muchas cosas y padeciendo muchos dolores, especialmente enfermos del corazón y del alma. Y la persona que está sufriendo lo que menos necesita es de quien le culpabilice, de quien le diga «alegra esa cara, que no es para tanto», o de quien intente coordinarle «justo ahora». Quien está enfermo necesita un médico.

1.4. MÉDICOS

No todo es tranquilidad en el camino de la vida humana. Una sociedad que no admita en su seno la enfermedad está llamada al fracaso. Hay momentos en la vida (y los procesos de reconciliación son claro ejemplo de esto) en los que necesitaremos de médicos, es decir, de personas capaces de amar y de acercarse silenciosamente a la persona amada y tratar de curarla con grandes dosis de cariño y confianza. Ojalá no falten médicos en el interior de nuestros proyectos pastorales, en nuestro ministerio de reconciliar. Si nos faltan o comienzan a escasear estaremos muy perdidos en nuestro caminar. Si nos faltan los médicos, la marcha hacia adelante irá dejando mucha vida en la cuneta. Los médicos puede que no sean clarividentes, que no estén insertos, que no nos alegren la vida y que sean un desastre a la hora de coordinar. Pero, mal camino lleva un pueblo que pretenda encarar un proceso de reconciliación sin médicos,

porque las heridas seguirán sangrando y las cicatrices en lugar de señalar, simplemente, dónde hemos estado, nos hipotecarán el futuro.

De nuevo en palabras de José Antonio García: «Todos conocemos ese tipo de hombre o de mujer cuya aportación fundamental al grupo consiste en saberse acercar silenciosamente a cada sujeto, intuir sin muchas preguntas dónde está su herida y tratar de curarlo devolviéndole grandes dosis de confianza en si mismo (...). Su presencia es absolutamente necesaria y preciosa dentro de un grupo comunitario en una época como la nuestra, en la que una civilización perfecta produce menos heridas exteriores (esas son fáciles de curar), pero tiende a multiplicar las ocultas»¹⁴. Sin médicos no hay marcha, porque «al que se sienta al borde del camino, herido, no le echa a andar más que el samaritano que entiende de vendar heridas»¹⁵.

Como señala Schreiter, «la espiritualidad de la reconciliación ha de afrontar diversas formas de ausencia. Ha de afrontar la pérdida, la privación de alguien o de algo que ya nunca podrá ser recuperado»¹⁶. Esa espiritualidad de la reconciliación, «reune cuidadosamente los fragmentos de una existencia despedazada y ayuda a las víctimas a ensamblarlos de nuevo lo mejor posible. Es una espiritualidad que sale a buscar a los desaparecidos»¹⁷.

Profetas, cantores, reyes y médicos. Todos hacen falta en la pareja, en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, por supuesto... Ahora bien, es muy importante que estos dinamismos interiores, estos *carismas* no pierdan de vista su vocación, su pasado, su presente y su futuro. Que estos carismas no pierdan de vista su sueño, su razón de ser, su «amor primero». De ser así, si se pierde la conciencia profunda de que son dones recibidos para los demás, o si se pierde la convicción de que es necesario cuidarlos, corren el riesgo de pervertirse. Y cada uno de estos cuatro dinamismos interiores, de estos cuatro carismas tiene su «correlato perverso». El profeta se puede convertir en *agorero*. El cantor se puede convertir en «cantamañanas». El rey puede dejar sitio a un *tirano*. El médico puede dar paso a un *matasanos*.

Y todos conocemos ejemplos de estos correlatos perversos.

¹⁴ Ibidem 189.

¹⁵ Ibidem 190.

¹⁶ R.J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación*, o.c., 61.

¹⁷ Ibidem 62.

Pues bien, en un ministerio cristiano de reconciliación, lo que separa a cada dinamismo interno, a cada carisma citado de su «correlato perverso» es la conciencia agradecida, el reconocimiento de que lo recibido es don de Dios para la Iglesia, para el mundo, a través de mi familia, de mi grupo, de mi pueblo, de mi historia personal y colectiva... Este reconocimiento hace que estos carismas se conviertan así en mediación concreta del amor de Dios en la vida, en mi vida. Porque nunca podemos olvidar que hemos sido reconciliados para reconciliar.

Es preciso, nos es preciso, recibir el ministerio de la reconciliación como vocación y como tarea. No podemos olvidar las palabras de Pablo: «Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; a saber, que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación....» (2 Cor. 5, 18-19).

Así pues, necesitamos profetas, cantores, reyes y médicos.

Otras dos historias componen el material de este artículo. Cada una lleva nombre concreto de un personaje de ficción cinematográfica. Quiero acompañar la historia de E. Bloch con la historia de dos personajes de ficción que, sin embargo, se rebelan, a mi juicio, como profundamente reales porque están hechos de un material muy similar al nuestro. Esto es lo que ocurre con los grandes personajes, con los grandes relatos.

2. MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN COMO RECUPERACIÓN, ASUNCIÓN Y CREACIÓN DE LA PROPIA HISTORIA

El primero de estos personajes se llama Will Hunting. Su historia es la historia de una reconciliación personal. Nuestro protagonista lleva su vida viviendo descentrado. Su proceso personal (terapéutico) consistirá en ser capaz de curar su pasado mirándose con «verdad», lo que motivará una apuesta esperanzada por el futuro. Su historia me ayudará para hablar de la reconciliación como recuperación, asunción y (re)creación de la propia historia.

La historia de Will Hunting es la historia de una persona con miedo. Se ha dedicado toda su vida a defenderse. Defenderse del pasado, de su historia, de los otros... Esta película es un ejemplo de lo que son y cómo funcionan algunos de nuestros mecanismos de defensa. En sus

relaciones Will siempre se preocupa de no implicarse mucho, de no dejar a nadie acercarse demasiado.

Will es un genio, es un superdotado para las matemáticas, es adulto y maduro de cejas para arriba. La película narra el camino que Will debe recorrer para llegar a ser libre, auténticamente libre, para vivir reconciliado. Will necesita encontrarse, pero para eso necesita empezar a buscarse. *Good Will Hunting* es una película sobre decisiones. Sobre la decisión de Will, sobre cómo conseguirá ejercer su libertad venciendo sus miedos. Ésta es una característica de la toma de decisiones: que vence a nuestros miedos (no los destruye, los vence, que es distinto). Porque en la reconciliación, en tanto proceso humano, aparecerá el miedo. Miedo a muchas cosas, también al dolor y al pasado. Pero la película narra, sobre todo, cómo el difícil camino de la reconciliación personal se recorre «acompañado».

Hay un momento clave en la película. Se trata de la segunda sesión con el psicólogo (Sean Maguire). En ella busca hacer caer en la cuenta a Will de que no ha tenido experiencias, no ha sentido amor, ni pasión, sólo miedos. Sólo ha ido utilizando muy «eficazmente» los mecanismos de defensa para huir de su pasado. Ha ido poniéndose una coraza. A continuación recojo parte del «discurso» del psicólogo (papel interpretado por Robin Williams). En ella el terapeuta ocupa el papel de «ministro de la reconciliación»:

«Nunca has estado allí, nunca has contemplado ese maravilloso techo... No sabes lo que es despertarte junto a una mujer y ser plenamente feliz... No sabes lo que es estrechar a un amigo en tu regazo y verle exhalar el último suspiro... Nunca has mirado a una mujer y te has sentido totalmente vulnerable... Sintiendo que Dios ha puesto un ángel en la tierra sólo para ti...que puede rescatarte de las profundidades del infierno. Y tú no sabes lo que es ser su ángel y amarla para siempre, a través de todo, a través del cáncer. Y tú no sabes lo que es dormir sentado en una habitación de hospital durante dos meses, tomando su mano, porque los médicos han podido ver en tus ojos que las palabras «horario de visita» no se te pueden aplicar. No sabes verdaderamente lo que es perder a alguien, porque eso sólo ocurre cuando amas a alguien más que a ti mismo. Dudo que hayas amado a alguien de ese modo. Cuando te miro no veo a un chico inteligente, veo a un niño lleno de miedo... ¿Eres huérfano, verdad? ¿Piensas que puedo saber lo dura que ha sido tu vida, lo que sientes, quien eres simplemente porque haya leído *Oliver Twist*?... Si quieres hablar acerca de ti, acerca de quién eres, estaré fascinado... Pero no quieres hacer

eso, ¿verdad?... Estás aterrorizado sobre lo que puedas decirme. Tu mueves chaval...»

A menudo aplicamos la palabra reconciliación a un proceso que se da entre los miembros de la pareja, de la familia, entre grupos humanos... Sin embargo me gustaría detenerme, aunque sea brevemente, en el proceso de la reconciliación personal.

Pensar que los conflictos, los desencuentros, las diferencias aparentemente irreconciliables suceden siempre fuera de nosotros no deja de ser, en el mejor de los casos, una ingenuidad. Todo ser humano experimentará la necesidad de reconciliación interna, porque todos tenemos un pasado que asumir, es decir, sanar. Todos experimentamos el abismo que en ocasiones separa nuestros sueños de la realidad. Sin llegar a lo patológico (por lo menos no en todos los casos), necesitaremos lidiar con el fariseo y el narcisista que todos llevamos dentro. Creo que todos, de una u otra manera, necesitamos reconciliarnos con nuestra humanidad, con esa humanidad propia que, en ocasiones, nos escandaliza y negamos.

Y es aquí donde volvemos a dirigir nuestra mirada al «ministro de la reconciliación», puesto que parte de su tarea es ayudar a la persona concreta a contemplar su verdad, desenmascarando aquello que «vela» la realidad. Parte de su tarea es formular las preguntas adecuadas. No ser demasiado «políticamente correcto», sino más bien «incómodamente leal».

Un ministro de la reconciliación no es, primariamente, quien suaviza las contradicciones ni quien obvia las dificultades. Es, más bien, quien acompaña un proceso de reconstrucción. Es quien sabe ayudar a la persona concreta a mirarse, viéndose y a oírse, escuchándose. Es aquel que sabe sostenernos en nuestra debilidad y reconocernos en nuestra fortaleza, que es capaz de ser fuerte con los fuertes y débil con los débiles, y nunca al revés.

Desenmascara sin humillar; pregunta sin interrogar; interpela sin demonizar. Y, también, nos acompaña en nuestro miedo... La historia de Will Hunting es la historia del miedo a tomar decisiones, de mirarnos a nosotros mismos en nuestra escandalosa humanidad. Él es un genio, es un increíblemente inteligente *animal racional*, pero le falta lo más importante, la pasión. La reconciliación tiene, qué duda cabe, un claro y necesario componente intelectual, racional... Pero no sólo. La reconciliación (personal y grupal) precisa del componente emotivo y sentimental. No basta la mera inteligencia. Porque no todo pensamiento, no toda

educación, no toda cultura, no toda erudición, son automáticamente humanizadoras.

Baste como ejemplo señalar una fecha. El 20 de enero de 1942, quince personas, convocadas por Reinhard Heydrich, se reúnen para debatir sobre la deportación y el asesinato planificados de los judíos europeos. Esta reunión es tristemente conocida como la Conferencia de Wannsee, el acuerdo al que llegan es aún más tristemente conocido como «la solución final». Pues bien, de esas quince personas, que deciden exterminar a millones de seres humanos, ¡ocho tenían el grado de doctor!, seis eran doctores ¡en derecho!, uno doctor en filosofía, y otro, doctor en ciencias políticas. No todo pensamiento, no toda educación, no toda cultura, no toda erudición, son automáticamente humanizadoras.

El camino a recorrer en la reconciliación propia precisa de verdad, de búsqueda del bien (propio y social), de apertura para el cambio (porque la reconciliación puede cambiar el mundo a mejor), precisa de la capacidad de mirar a los ojos de la gente, de dejarnos afectar, de aceptar consecuencias... En un proceso de reconciliación necesita ser implicado todo el ser, también corazón¹⁸.

Reconciliación conlleva ver, padecer y experimentar. Sanar lo visto, lo padecido, lo experimentado. El ministro de la reconciliación ha de tener claro que ha de lidiar no sólo con ideas, sino también con sentimientos. Ha de lidiar con la memoria intelectual, afectiva, corporal... Ha de acompañar el proceso de perdón por parte del ofendido, siendo consciente que perdón no se identifica con reconciliación¹⁹, que no resuelve todo el dolor causado, pero forma parte del proceso²⁰.

¹⁸ El psiquiatra Richard Fitzgibbons sostiene que el proceso de perdonar se desarrolla en tres niveles: «cognitive (understanding the life struggles of the offender), emotional (developing empathy for the offender), and spiritual (relinquishing to God any remaining anger against the offender)». J.W. ELDER, 'Expanding Our Options: The Challenge of Forgiveness', en: R.D. ENRIGHT & J. NORTH (Eds.), *Exploring Forgiveness*, Madison 1998, 154.

¹⁹ «Forgiveness is distinguished from reconciliation (...). Forgiveness is one person's response to injury. Reconciliation involves two people coming together again». R.D. ENRIGHT, S. FREEDMAN & J. RIQUE, 'The Psychology of Interpersonal Forgiveness', en: R.D. ENRIGHT & J. NORTH, o.c., 49.

²⁰ «Forgiveness is the process that enables the forgiver to get on with his or her life unencumbered with the pain of betrayal». P.W. COLEMAN, 'The Process of Forgiveness in Marriage and the Family', en: R.D. ENRIGHT & J. NORTH, o.c., 78.

3. MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN COMO CREACIÓN DE RELACIONES JUSTAS Y HUMANAS

Aún nos queda por narrar la historia de Atticus Finch. La película «Matar a un ruiseñor» es adaptación de un libro del mismo nombre escrito por Harper Lee y premiado con el Pulitzer en el año 1961. La historia transcurre en una colectividad rota, escindida. «Matar a un ruiseñor» muestra una comunidad hecha de señores y siervos, de ricos y pobres, de estereotipos, de prejuicios, de desconfianza hacia quien es diferente. Atticus, abogado y, sin duda, la persona más respetada de esta colectividad (situada en Alabama durante la Gran Depresión), va a defender a un joven de raza negra de la falsa acusación de haber violado a una chica blanca. Muchos de los habitantes del pueblo intentan hacer que Atticus se retire del caso, pero él decide seguir adelante pese a las duras consecuencias de esta decisión. A pesar de que la inocencia del hombre resulta evidente, el veredicto del jurado será condenatorio...

Son muy importantes los diálogos en esta historia. ¿Quién no recuerda alguno de ellos?, especialmente los que corresponden a conversaciones entre Atticus y Scout, su hija (la narradora de la historia):

«...para poder vivir con otras personas tengo que poder vivir conmigo mismo. La única cosa que no se rige por la regla de la mayoría es la conciencia de uno.»

«Hijo, hay muchas cosas feas en este mundo. Me gustaría poder evitar que las vieras, pero no es posible.»

«La auténtica valentía es cuando sabes que tienes todas las de perder antes de comenzar pero comienzas a pesar de todo.»

«Los pleitos son malos (...) a veces tardan tiempo en arreglarse.»

«Los ruiseñores no se dedican a otra cosa que a cantar para alegrarnos. No devoran los frutos de los huertos, no anidan en los arcones del maíz, no hacen nada más que derramar el corazón, cantando para nuestro deleite. Por eso es pecado matar a un ruiseñor.»

Voy a transcribir una escena muy breve de la película. Se trata de un diálogo entre Atticus y su hija Scout donde aparece una de las tesis de la película: «nunca llegarás a comprender a una persona hasta que no veas las cosas desde su punto de vista...»

«Atticus se puso en pie y anduvo hasta el extremo del porche. Cuando hubo completado el examen de la enredadera regresó hacia mí.

–En primer lugar –dijo–, si sabes aprender una treta sencilla, Scout, convivirás mucho mejor con toda clase de personas. Uno no comprende de veras a una persona hasta que considera las cosas desde su punto de vista...

–¿Qué dice, señor?

–Hasta que se mete en el pellejo del otro y anda por ahí como si fuera el otro.

(...)

Cuando Atticus me miró, vi en su cara la expresión que siempre me hacía esperar algo.

–¿Sabes lo que es un compromiso? –preguntó.

–¿Doblar la vara de la ley?

–No, es un acuerdo al que se llega por mutuas concesiones. Es como sigue –dijo–. Si reconoces la necesidad de ir a la escuela, seguiremos leyendo todas las noches como lo hemos hecho siempre. ¿Te conviene?

–¡Sí, señor!»

La reconciliación, además de interior, tiene un marcado y protagónico, componente social. Como señala R.J. Schreiter, «la reconciliación individual y la social tienen un cierto grado de interdependencia (...). Es importante ser conscientes que cada tipo de reconciliación tiene objetivos ligeramente distintos (el de la reconciliación individual es la restauración de la humanidad dañada por los sucesos traumatizantes; el de la reconciliación social es el proceso de reconstrucción del orden moral de la sociedad)»²¹.

La reconciliación social conduce a los individuos reconciliados a una nueva situación. Si «en la guerra lo primero que se destruye son los puentes», en el camino de reconciliación, es clave la comunicación... Comunicación con un horizonte: sanar lo herido, reconocer lo vivido, denunciar lo torcido, construir futuro, perdonar la deuda²².

²¹ R.J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación*, o.c., 162.

²² «Forgiveness is not pretending that things are other than they are. Forgiveness is not cheap. It is facing the ghastliness of what has happened and giving the other person the opportunity of coming out of that ghastly situation. () Forgiveness does not mean amnesia. Amnesia is a most dangerous thing, especially on a community, national, or international level. We must forgive, but almost always we should not forget that there were atrocities, because if we do, we are then likely to repeat those atrocities. Those who forgive and those who accept forgiveness must not forget in their reconciling. If we don't deal with our past adequately, it will return to haunt us. When something is unforgiven it has physical consequences for us. Unforgiven

Hace algunos años, escuché a Jon Sobrino, confesar que le impactaba la capacidad de los salvadoreños para perdonar tras sufrir la violencia de las fuerzas armadas, de los escuadrones de la muerte. Decía entonces que los salvadoreños «Perdonan para no cerrar el futuro a alguien que les ha hecho mal»²³. Creo que es difícil encontrar una definición tan hermosa de lo que es el perdón²⁴, que está en la base de la reconciliación²⁵.

A este respecto se hace necesario aclarar que puede haber perdón sin reconciliación, pero no al contrario. Y es que en la reconciliación, la cuestión no es simplemente la «de cicatrizar las heridas del recuerdo y aceptar el perdón; se trata también de transformar las estructuras sociales que provocan, promueven y justifican la violencia»²⁶.

En opinión de R.J. Schreiter, en este proceso, la Iglesia puede aportar tres recursos principales al proceso de reconciliación: «el primero es el mensaje de reconciliación de la que es portadora y la espiritualidad que

tension, unforgiven sin, actually has a deleterious impact on the person». D. TUTU, 'Without Forgiveness There is no Future', en: R.D. ENRIGHT & J. NORTH, o.c., xiii-xiv.

²³ Para este tema, Cfr.: J. SOBRINO, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander 1992, 97-111 y 133-158; y J. SOBRINO, *Víctimas y victimarios: perdonar y dejarse perdonar*, en: www.servicioskoinonia.org/agenda/archivo/obra.php?ncodigo=360 (Última consulta: 2 de septiembre de 2014).

²⁴ «El perdón divino es una prolongación del amor de Dios. el perdón humano es una decisión de la víctima, que no quiere seguir controlada por las consecuencias de hechos ocurridos en el pasado, sino que desea poder optar libremente por un futuro diferente. Uno no puede personarse a sí mismo; tampoco cabe perdonar en nombre de los muertos. El perdón no revoca lo ocurrido; se trata más bien de una declaración acerca de cómo quiere uno relacionarse con el agresor y con las consecuencias de la ofensa. En otras palabras, con el perdón ni se borra ni se olvida el pasado. Cuando perdonamos, no olvidamos el pasado; lo recordamos de una manera diferente.» R.J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación*, o.c., 173. Para esta temática Cfr. D. TUTU, *No future without forgiveness*, New York 1999; y D. TUTU, *God has a dream, a vision of hope for our time*, New York 2004.

²⁵ «El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el nombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros». (*Dives in misericordia*, 14)

²⁶ R.J. SCHREITER, *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*, Santander 1998, 11.

de él brota. El segundo es el poder de sus ritos. Y el tercero, su capacidad para crear comunidades de reconciliación»²⁷.

En mi opinión, la Iglesia también aporta un componente básico para el camino de la reconciliación, un componente sobre el que me gustaría detenerme unos instantes, se trata de la compasión²⁸.

Creo que no hay duda que el concepto que se maneja comúnmente de compasión le roba su profundidad y su fuerza. La compasión es la capacidad de nuestro corazón mediante la cual nos afecta la debilidad, el sufrimiento y la vulnerabilidad de otras personas, y nos lleva a actuar. Porque la compasión es también conmoción. Cuando alguien se siente verdaderamente afectado por el dolor de los demás, por regla general trasciende el sentimentalismo y busca la justicia. Difícilmente habrá ministerio de la reconciliación sin conmoción.

A veces pensamos que compadecerse es, simplemente, «padecer con». Nuestras homilías están llenas de este «lugar común». Pero, en realidad, ésa es sólo la mitad de la compasión. La compasión tiene un segundo momento y es el de luchar para terminar con las causas del dolor. Si no, no es compasión cristiana. La compasión cristiana es padecer con el que sufre y trabajar para que, el que sufre, ya no sufra más. Steve Privett²⁹ sugiere que la metáfora más adecuada para designar lo que es la compasión no es la simpatía llorosa sino la reacción de una osa cuando sus cachorros están en peligro. Es la metáfora que aplica el profeta Oseas a Yahvé: «caeré sobre ellos como una osa privada de sus cachorros» (Os 13,8); porque la compasión evoca no sólo ternura, sino también la voluntad de enderezar lo torcido, de trabajar por la justicia³⁰.

²⁷ R.J. SCHREITER, *El ministerio de la reconciliación*, o.c., 177.

²⁸ R.J. Schreiter señala tres características (actitudes) de la espiritualidad de la reconciliación: una actitud de escucha y espera, una actitud de atención y compasión, una actitud creadora de «nueva sociedad», de «nueva ley» (en terminología de Charles Villa-Vicencio, una actitud «postexílica»). Cfr. R.J. Schreiter, *Violencia y reconciliación*. o.c., 104-117.

²⁹ Cf. S. PRIVETT, *Like a Bear Robbed of Her Cubs: Issues in Ethics* 9 (1998) 2-5.

³⁰ «() perdonar no anula las objetivas exigencias de la justicia. La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón». (Dives in misericordia, 14).

La compasión no es un tema de sentimientos refinados³¹. Alicia Partnoy, (quien fuera vicepresidenta de Amnistía internacional en USA y víctima de la guerra sucia Argentina, tres meses «desaparecida», año y medio encarcelada y finalmente fue expulsada de su país; que durante su desaparición fue encadenada, violada golpeada y amenazada de muerte), decía hace unos años, en la universidad de Stanford que muy a menudo se confunde y malinterpreta lo que es la compasión, reduciéndola a sentir o sufrir con el otro, mostrar lástima... Decía que había aprendido por propia experiencia que simplemente sentir el dolor del otro deja a la víctima en una situación de impotencia e indefensión. Según ella lo que las víctimas quieren no es gente que simplemente sufra con ellos, sino personas que trabajen con ellas codo con codo para conseguir justicia que es la necesidad más profunda de todas las víctimas.

La compasión, si es verdadera, camina a una con la reconciliación para crear relaciones justas y humanas³².

CONCLUSIÓN: CURACIÓN DEL PASADO, VERDAD DE PRESENTE, ESPERANZA DE FUTURO

Una lectura creyente del tiempo y de «nuestros» tiempos nos descubre que Dios ha estado siempre presente, siempre fiel, en todo tiempo³³. Una lectura creyente nos descubre que Dios se revela también en el tiempo, en todo tiempo. En los momentos pletóricos y en los momentos

³¹ Cfr. P. GUERRERO, *Incluir, acoger y compartir el pan: el acompañamiento pastoral a familias en situación irregular*: Estudios Eclesiásticos 88 (2013) 415-448.

³² «La reconciliación de Dios con la humanidad incluye evidentemente la reconciliación de la humanidad consigo misma y, por consiguiente, la superación de todas las formas de opresión y dominación causantes de los conflictos, incluidas las guerras. Pero eso no significa que esta reconciliación se hará espontáneamente o por un milagro, intervención forzada de Dios, por ejemplo, con el envío de miles de ángeles. El reino de Dios y la reconciliación se realizan a través de los actos humanos. Éstos reciben la inspiración y la fuerza del Espíritu pero nunca actúan sin la libertad humana. Tienden a liberar esta libertad y por tanto a aumentar la responsabilidad de los agentes humanos». J. COMBLIN, *Teología de la Reconciliación*, en: www.memoriayprofecia.com.pe/sites/default/files/REFLEX_COM.doc (Última consulta: 22 de agosto de 2014).

³³ Cfr. P. GUERRERO, *Esperar sirviendo y eligiendo: Ignacio de Loyola, el tiempo como búsqueda y hallazgo de Dios*: Sal Terrae 93/7 (2005) 549-558.

menos exultantes. En nuestro Tabor y en nuestro Getsemaní. Una lectura creyente nos descubre que el tiempo, en tanto que paso de Dios por nuestra vida, va cincelandó nuestro ser, nuestro hacer, nuestro sentir y nuestro desear. Va «tatuando» nuestro cuerpo y nuestra alma. El tiempo va llenando nuestro cuerpo y nuestra alma de cicatrices que nos recuerdan aquello que fue herida y que, en muchos casos, nos hizo mejores... El tiempo «corta» nuestro ser y nuestra vida; pero esos cortes, para un cristiano, para ese varón y esa mujer de esperanza, no son amputaciones, sino podas. En el tiempo, Dios nos señala por dónde ir, por dónde crecer, por donde decrecer.

Muy a menudo, son los poetas los que consiguen expresar la profundidad del corazón humano. Como escribe Cecilia Meireles, una poetisa brasileña, «aprendí con las primaveras a dejarme podar para poder volver entera».

Dios «anima» (da alma) a nuestros tiempos. Se revela en nuestros tiempos. Es «llegada» para nuestras esperas, para nuestros deseos de justicia, para nuestras certezas, para nuestras dudas, para nuestros miedos. Al descubrir el paso de Dios por nuestra vida, descubrimos que el tiempo tiene «alma», que en él podemos buscar y hallar a Dios. Porque en él, en el tiempo, «nos viene Dios». Y como seguidores de un crucificado que creemos que nos ha reconciliado estamos llamados a trabajar por la reconciliación, es decir, por la verdad y por la paz. Porque sabemos, en el fondo sabemos, que es pecado matar a un ruiseñor...

